

¡Dichosos tiempos! Una peseta, para un estudiante, era cantidad que rozaba el despilfarro, si podía gastarla diariamente. Teníamos nuestras costumbres: el *tupi*, que costaba quince céntimos, tomado en el portal del salón Romea (calle Carretas) y la cuarta de Apolo—veinte céntimos en gallinero—; y nos quedábamos con la letra y música de: *La Alegría del Batallón*; *Los hombres alegres*; *Aquí hase farta un hombre*; *El método Gorriz...*, interpretados por la Soler, Palou, Carrera, el popularísimo actor cómico, Moncayo, el gran caricato.

También nos asomamos al Cómico, donde bordaban *Alma de Dios* la célebre Loreto Prado y el inimitable, *buenazo* protagonista, Enrique Chicote.

Eslava, el viejo teatro del pasadizo de San Ginés, tenía en su repertorio *La balsa de aceite*, de Sinesio Delgado, graciosísimo y dinámico, con su voccecita aflautada, el inmenso Gonzalito; *Si las mujeres mandasen*, donde la insuperable Sánchez Jiménez hacía una Presidenta con su gentil arrogancia, con su fuerte belleza, que arrebatava a su público.

También admiré y me deleité oyendo cantar, en Price, a la pareja Luisa Vela y Sagi-Barba, interpretando a sala llena todas las noches la deliciosa opereta *La viuda alegre*.

Y guardo especial recuerdo del acogedor y simpático teatro Lara, de aquel Monsieur Richard de *La fuerza bruta*, obra que, como toda la producción del insigne Maestro, alcanzaba éxito clamoroso.

El ambiente de aquella época era sencillo y encantador. Estábamos los cabales. Y así acudimos, en homenaje íntimo, a la inauguración de las obras del primer trozo de lo que es hoy Gran Vía, con el derribo simbólico iniciado con la piqueta por el Rey Alfonso XIII.

La espléndida Gran Vía es hoy orgullo de la Capital de España, y como muy bien dijo cierta persona viajera, Madrid es ciudad cosmopolita. Es como Londres en el sector comprendido por las calles Sevilla, Carrera de San Jerónimo, Plaza de Canalejas...; como Berlín, en el trozo de Alcalá, entre Sevilla y Banco, pues aunque la faltan árboles, se parece a la Göringstrasse; como París, los *boulevards*, Alberto Aguilera, Carranza, Velázquez, General Mola...; como Nueva York, el recorrido de la Gran Vía, desde la Telefónica hasta más allá del Callao, y pronto hasta la Plaza de España.

Pero Madrid conserva su tipismo y su fisonomía inalterable en otras zonas. Por eso este Madrid de hoy puede satisfacer a todos sus visitantes, y despertar recuerdos del lejano ayer, recorriendo Plaza Mayor, Atocha, Plaza Progreso (hoy Tirso de Molina), calle Toledo, hasta llegar a las márgenes del Manzanares.

«El que vive de recuerdos, es que perdió la esperanza», dice un apotegma oriental. Cierto, hasta un límite: no volveremos a gozar físicamente de nuestra juventud, pero sí revivir ilusiones y sentirnos dichosos de encontrar los mismos lugares y ambiente, y, esto, ya es felicidad para el espíritu que, en definitiva, es el goce inmaterial que perdura.

DANHUR



Voces y expresiones viciosas

Avalancha no, alud sí

DICE D. Eduardo de Huidobro en su librito «*¡Pobre lengua!*» (Santander, 1908) que hay un periódico muy

bueno en Pamplona que se llama *La Avalancha*. «Yo le mudaría el título—añade juiciosamente—porque *avalancha* no es término castellano, sino francés».

En efecto, los franceses a los desprendimientos de nieve los llaman *avalanches*. Su equivalente en castellano es aludes.

Mal está que un escritor se sirva de una voz forastera cuando no hay necesidad de ello. Quizá pueda disculpársele si escribe de prisa requerido por el editor o el regente. La premura con que ha de componer su trabajo—está en su propio despacho el chico de la imprenta en espera de recibir las cuartillas que faltan—le obligará, a lo mejor, a echar mano del voquible francés. Y es posible, como han hecho la Avellaneda y D. Pedro Antonio de Alarcón, que lo subrayen para aminorar la injuria a nuestra rica habla, que en verdad no necesita estas importaciones. Pero lo que ya no tiene perdón de Dios, por benévolos y complacientes que seamos, es que demos a un periódico tal denominación. Porque no hemos de bautizarle a matacaballo; porque pensar el nombre de un diario no es puñalada de pícaro. Generalmente han precedido muchas reuniones a la fundación de tal hoja volandera, y cuando nos decidimos por este o aquel título, es cosa ya bien pensada y madurada.

De aquí se sigue que en el caso a que se refiere el Sr. Huidobro no hay disculpa alguna; que dicho galicismo es condenable y que siendo Navarra una de las regiones españolas que por su hondo y acendrado patriotismo más ha contribuido a forjar nuestra personalidad histórica, ha de sorprendernos poderosamente que haya incurrido en tan liviana torpeza.

Viene aquí como anillo al dedo la siguiente filípica del padre Feijóo. A pesar de lo larga que es, no hemos titubeado en transcribirla porque no tiene desperdicio.

«Entre éstos y aún fuera de éstos, sobresalen algunos apasionados amantes de la lengua francesa, que, prefiriéndola con grandes ventajas a la castellana, ponderan sus hechizos, exaltan sus primores, y no pudiendo sufrir ni una breve ausencia de su adorado idioma, con algunas voces que usurpan de él, salpican la conversación, aún cuando hablan en castellano. Esto, en parte, puede decirse que ya se hizo moda, pues los que hablan castellano puro casi son mirados como hombres del tiempo de los godos» (1).

¡Qué lástima que quien tan discretamente se manifestara a través de estas palabras, cayese más de una vez en galicismos de pensamiento y de lenguaje!

Y allá va este haz o hacecillo de ejemplos de bien decir, tomados de nuestros escritores del siglo XIX:

«... desde los niveles Apeninos donde ruedan los aludes»... Castelar. (*Fra Filippo Lippi*).

«... por las altas Alpujarras, y descubría desde cimas, bajo las cuales muchas veces tronaba la tempestad, al son de los torrentes y de los aludes»... Castelar. (*El suspiro del Moro*).

«... teniendo sobre sus frentes las nieves eternas, rodeadas a lo mejor de tempestades y rotas y desprendidas a veces en aludes tan fragorosos como las nubes tonantes»... (Ibidem).

«Encallado en la miseria,—sin fuerza a salir aspiro;—cual un viajero me miro—sorprendido del alud». D. Tomás Aguiló. (*Resignación*).

«En nuestros Pirineos, donde también se experimentan (*las avalanchas*)—aunque con menos violencia y estragos—se llaman *aludes*». Gertrudis Gómez de Avellaneda. (*Obras literarias*. Nota a la página 10 del T.º V.)

«Es un alud que se desprende de lo alto, acreciéndose en su camino o partiéndose en mil fragmentos, que vuelven a engrosarse y dividirse» .. D. Pedro Antonio de Alarcón. (*De Madrid a Nápoles*.)

«Sirvan de garantía a nuestra tranquilidad los muchos años que llevan de existencia estos hoteles, sin que ningún alud haya caído sobre ellos, y durmamos confiadamente»... (Ibidem.)

«... lo que podrá dar resultado que haya desprendimiento o aludes». (Ib.)

Si a pesar de estas razones
sigues poniendo *avalancha*,
lo mejor será que te
nacionalices en Francia.

UN APRENDIZ DE HABLISTA



(1) *Teatro Crítico Universal*, tomo I, páginas 257 y 58. Ediciones de «La Lectura», Madrid, 1923.

ES LA MAÑANA...

El eco de la voz que las recrea
está sobre las cosas resonando.
En sus rasgos recientes e imprecisos
vibra aún no conforme, el movimiento
que las trajo hacia el ser y las define.
Como un párpado lento y perezoso
la noche se ha plegado mansamente.
Recién abierto, el cielo está mirando
el gozo de la luz que se concreta
brotando en estallido multiforme
que esconde dentro el ruido y el empuje.
La mirada resbala cuidadosa
estirada de asombro y sin esquinas.
Y flota sobre la onda recreante
como alígera vela que ni roza.
El mundo se desvela de la sombra
y presenta su faz graciosa y blanda
cual de un niño gigante que ha alumbrado
el divino embarazo del que crea.
Todo reciente, fresco y primerizo
adelanta su instancia candorosa
y se viene a las manos no tocado
con el leve temblor de lo que nace.
La ancha cara de Dios, gozosa y cierta
sin dureza de carne y sin linderos,
contagia el gozo de su Si rotundo
con el que el ser se copia...
...Es la mañana.

SANTOS SANCHEZ-MARIN